

Don Maligno
y otras crónicas

Josué Gutiérrez

Don Maligno
y otras crónicas



Fondo Editorial
Universidad EAFIT

Gutiérrez, Josué

Don Maligno y otras crónicas / Josué Gutiérrez. -- Medellín : Fondo Editorial Universidad EAFIT, 2012.

236 p. ; 24 cm. -- (Colección testigos)

ISBN 978-958-720-129-1

1. Crónicas colombianas 2. Crónicas -- Relatos personales 3. Personajes colombianos -- Medellín (Antioquia, Colombia) -- Relatos personales I. Tít. II. Serie

070.44 cd 21 ed.

A 1349373

CEP-Banco de la República. Biblioteca Luis Ángel Arango

DON MALIGNO

Y OTRAS CRÓNICAS

Primera edición: junio de 2012

© María Cecilia Mejía de Gutiérrez

© Fondo Editorial Universidad EAFIT

Carrera 48A #10 Sur 107, Medellín.

<http://www.eafit.edu.co/fondo>

E-mail: fonedit@eafit.edu.co

ISBN: 978-958-720-129-1

Fotografía de carátula: Sonsón, 1910, Benigno A. Gutiérrez.

Biblioteca Pública Piloto de Medellín-Colecciones Patrimoniales

(Sala Antioquia, Archivo Fotográfico, Sección de Reserva)

Editado en Medellín, Colombia

Contenido

Prólogo

Mi amigo Josué <i>Juan José Hoyos</i>	7
--	---

Memorias egocéntricas

Josué: divagaciones alrededor de un nombre	19
El ingeniero desconocido	27
La flauta	30
Anécdotas de la vida profesional.....	44

Así era mi Medellín

La escuela Juan del Corral – Primera de Varones.....	51
La barra de la avenida	82
Llegó el uso de... el trompo	84
Ronda por el vecindario. Talleres de reparación de automotores.....	86
El tranvía municipal	89
El Orfeón Antioqueño	97

Ingeniería folclórica

Central Hidroeléctrica de Guadalupe	103
Cementos El Cairo	108
My Love	109

Lecciones de geotecnia elemental	119
Dos gladiadores maiceros	122
Darío Suescún en mi recuerdo	131
Evocaciones	138

Historias absurdas

La camioneta Ford F100	149
Feria del libro	153
Diccionario de la Lengua Castellana	156
La palabra del antioqueño: “En esas quedamos”	160

Don Maligno

Resumen	171
Carácter y costumbres. Elogio de un hombre bueno....	174
Despedida de Sonsón	178
Historia familiar, niñez y juventud	179
Sonsón	181
Las guerras en la segunda mitad del siglo XIX	181
Abelardo y Sofía.....	185
La sotana.....	188
En El Fresno se decidió nuestro destino.....	192
Medellín.....	201
Y empezó la lucha	205
El trombón.....	208
La Cooperativa Hullera Ltda.	212
Don Benigno y las <i>Obras completas</i> de Tomás Carrasquilla, Edición del Primer Centenario....	227

Epílogo

El otro lado de la Luna <i>Diego Fernando Gómez Álvarez</i>	231
--	-----

Prólogo

Mi amigo Josué

Desde el primer día, cuando empecé a llamarlos por sus nombres según la lista de clases, supe que entre los estudiantes había alguien muy especial. Lo sentí por su silencio inteligente, su mirada fija, su forma de escuchar y, más adelante, por sus preguntas, pero sobre todo por su humor y sus historias. Nos hacía reír a carcajadas. Era el año 2004. La Universidad EAFIT había abierto un taller de periodismo narrativo para profesionales que quisieran aprender a escribir literatura sin ficción. Él era el estudiante de más edad. Yo era el profesor. Él quería escribir un libro sobre la vida de su padre. Yo iba a acompañarlo.

Se llamaba Josué Gutiérrez Villegas. Era veinte o veinticinco años mayor que yo. Apenas cruzamos las primeras frases, por el respeto que sentía por él y por su profesión le dije “doctor”. Enseguida me contestó, mirándome con los ojos abiertos: “Yo no soy doctor”. Entonces le pregunté: “¿Le puedo decir ingeniero?”. En ese momento yo ya sabía que él había sido el hombre que había diseñado casi todas las principales represas hidroeléctricas de Antioquia, desde Guadalupe hasta El Peñol, y que era uno de los ingenieros más sabios de Colombia en mecánica de suelos. Él me miró con los ojos más abiertos; esta vez parecía disgustado. “Yo no soy ingeniero”, dijo. “Entonces, ¿cómo le digo?”, le pregunté, de nuevo. “Dígame ex ingeniero”.

Así tuve que llamarlo durante unos días. Hasta que leí sus primeras historias. Solo en ese momento me di cuenta de que Josué hacía eso porque al final de sus años había decidido realizar el sueño de su vida, el que había aplazado siempre: ser escritor. Como su padre, don Benigno Gutiérrez, un periodista y escritor nacido en Sonsón que

marcó no solo la vida de Josué y sus hermanos, sino la de casi todos los escritores de Antioquia en la primera mitad del siglo xx.

En sus historias, Josué lo llamaba “Don Maligno”, no únicamente por cariño sino por sus incontables travesuras, sus desplantes y su sentido del humor. En muy poco tiempo, en nuestro taller las historias de Don Maligno se volvieron famosas. Durante las lecturas colectivas supimos que el viejo había sido condenado a prisión por haber escrito varios artículos contra el Gobierno, pero la condena jamás se cumplió porque la colonia penitenciaria adonde lo habían mandado quedaba en la Amazonia, y en Sonsón no hubo ni mulas ni arrieros que se comprometieran a hacer el viaje –que duraba meses–, ni el Gobierno tuvo dinero suficiente para pagar los gastos. También supimos que Don Maligno era un bibliómano y que coleccionaba diccionarios para aprender palabras raras, con la intención de hablar con un grupo de amigos en una jerga que nadie entendiera. Un día nos enteramos de que en su juventud un ministro de Hacienda le había ofrecido el cargo de secretario general. Él viajó en mula desde Sonsón hasta Manizales para encontrarse con el funcionario en una fonda del camino. Sin embargo, al amanecer prefirió quedarse en la fonda oyendo las historias que contaban los arrieros desde la medianoche y tomando aguardiente con ellos. Luego se devolvió a Sonsón y el ministro llegó a Bogotá sin secretario, a tomar posesión del cargo. “Por eso no nací en Bogotá”, nos decía Josué.

Por sus escritos liberales, Don Maligno se vio obligado a abandonar con su familia su casa de Sonsón. Josué recordaba con tristeza el día en que salieron con todas sus cosas en un automóvil viejo que fue apedreado por la gente. Así vinieron a parar a Medellín, donde don Benigno Gutiérrez trabajó en diversos oficios. Uno de ellos fue el de administrador de la empresa de carbón Industrial Hullera. Otro fue el de editor, en la antigua editorial Bedout. Bajo su responsabilidad estuvo la publicación de la edición centenaria de las *Obras completas* de don Tomás Carrasquilla. Mientras tanto, Josué estudiaba bachillerato en el Liceo Antioqueño de la Universidad de Antioquia, al que él llamaba “el mejor colegio del mundo”. También tomaba lecciones de dibujo con el maestro Eladio Vélez y de solfeo con el maestro Carlos Vieco. Por último, después de graduarse como ingeniero en la Escuela Nacional de Minas, viajó a Europa y los Estados Unidos a estudiar ingeniería de suelos. En los años cincuenta

obtuvo el grado de máster en Ingeniería Civil con énfasis en Mecánica de Suelos y Fundaciones.

Aunque tuvo varias oportunidades de trabajar en los Estados Unidos, una de ellas en el Proyecto Apolo de la NASA, que acabó por llevar el primer hombre a la Luna, Josué prefirió regresar a su país y dedicarse a la ingeniería de suelos, los pavimentos, la ingeniería de consulta y la construcción de represas hidroeléctricas. Sus primeros años los pasó en la fábrica de Cementos El Cairo, como ingeniero residente, luchando con una falla geológica que amenazaba los cimientos de algunas de las plantas. Luego, con algunos compañeros, fundó varias empresas pioneras de la ingeniería en Colombia, como Integral y Solingral. Buena parte de su vida la consumió imaginando, diseñando y supervisando la construcción del gigantesco complejo de centrales hidroeléctricas del oriente de Antioquia que todavía hoy suministra buena parte de la energía eléctrica que consume Colombia.

Oír o leer a Josué era hundirse en la vida. Por otras de sus historias supimos que Don Maligno pertenecía a una familia de músicos y era ejecutante de trombón y de violín; que Gustavo, un hermano de Josué, tocaba flauta; y que el mismo Josué tocó una vez la flauta en el Carnegie Hall, de Nueva York... Tocó es un decir. Durante un viaje a los Estados Unidos, aprovechó para mandar a revisar, limpiar y afinar una finísima flauta Haynes que él le había comprado a un músico en Medellín. La revisión la hizo el mismo artesano que la había hecho a mano en la casa fabricante, en Boston. Junto con la flauta en perfecto estado, a Josué le entregaron una tarjeta de invitación para actuar como solista en el escenario del Carnegie. Henchido de emoción, creyéndose un Rampal redivivo, él tocó la pequeña puerta donde había un aviso que decía “Entrada de artistas”, entregó la tarjeta al conserje, armó la flauta y, lleno de miedo, se asomó al escenario. El teatro estaba a oscuras y vacío. Pero él armó la flauta, se relajó y tocó... –“de la manera más sucia”– la elemental escala de Do mayor... Luego, avergonzado y temblando, salió corriendo a través del salón de ensayos hacia la calle.

El ex ingeniero Josué Gutiérrez murió cuando estaba a punto de acabar su libro con la historia de su padre, “Don Maligno”. Para mí fue siempre un estudiante muy especial. Demasiado. Un día, cuando salimos de clase e íbamos a tomarnos juntos un café, me dijo: “Juan

José, espéreme; no puedo caminar muy rápido. Y busquemos una cafetería cerca porque el médico me dejó venir a clase con tal de que no caminara más de cincuenta metros”. Yo lo miré, sorprendido. “Josué –le dije–, perdoname que te haga esta pregunta: ¿estás muy enfermo?, ¿qué te pasa?”. Le hablé así porque ya éramos amigos desde hacía muchos meses. El taller había durado casi un año. Él me dijo: “Juan José: hace dos días salí de la clínica. Me operaron de lo que operan a los viejitos como yo: de la próstata... Pero el médico dice que me fue muy bien en la operación”.

Cuando acabó el taller, Josué ya era hacía rato lo que siempre había soñado ser: un escritor. Había publicado un libro delicioso de leer: *El Cairo de mis entretelas*, sobre su experiencia como joven ingeniero geólogo en la fábrica de Cementos El Cairo, en Santa Bárbara, Antioquia, en los años cincuenta, en plena época de la Violencia.

Después vinieron días difíciles para él y para su familia. La madre de su esposa María Cecilia murió de cáncer en su propia casa, en un cuarto al lado de la biblioteca de Josué. Su última empresa de ingeniería de consulta, que él quería cerrar a toda costa, no se dejaba cerrar. Siempre aparecía un último problema legal, una última indemnización que pagar, un último formulario que llenar.

Mientras tanto, Josué luchaba a brazo partido por acabar la biografía de don Benigno Gutiérrez, “Don Maligno”. Y luchaba además en forma silenciosa contra un cáncer. Jamás me dijo una palabra sobre ese asunto. Cuando hablábamos, me parecía un hombre saludable, lleno de alegría, de lo que él mismo como antioqueño llamaba “verraquera”.

Hasta que un día me llamó por teléfono y me dijo, con la voz apagada: “Juan José, este libro me pudo... Se me dañaron todos los archivos. Le entró un virus a mi computador... He traído a un ingeniero de sistemas varias veces y no hemos podido con el maldito aparato. Esos computadores son un invento del demonio”. Yo fui a su casa a tratar de ayudarlo a solucionar el problema. El único archivo que logró rescatar el ingeniero fue un largo texto en formato Word. Tenía 9.999 páginas. Todos los capítulos del libro se entremezclaron. Algunas historias aparecían en cinco o seis versiones. Otras desaparecieron. “No jodamos más con ese libro”, me dijo Josué, derrotado. Yo le dije: “Insistí, hombre. Eso es cosa de paciencia...”. “¡A mí ya se me acabó la paciencia!”, me respondió, muy malhumorado.

Unas semanas más tarde, uno de sus amigos me llamó para contarme que Josué había muerto. Yo me quedé de una pieza. Cuando salimos de la ceremonia fúnebre con la que su familia y sus compañeros de toda la vida despidieron sus cenizas, me acerqué a saludar a María Cecilia, su esposa. No sé si fue el momento oportuno para hablarle del asunto, pero las palabras se me escaparon: “Doña María Cecilia, ¡el libro! No vaya a dejar tocar ningún papel de la biblioteca de Josué...”.

Cuando el dolor de haber perdido a Josué le permitió a ella ocuparse de “Don Maligno”, fui a su casa y con otro ingeniero “levantamos” el maldito disco duro y recuperamos un nuevo archivo. Lo imprimí y me puse a corregirlo. Las historias se repetían diez, doce, veinte veces, con ligeras variantes, y, como sucedió la primera vez, se traslapaban, hasta el punto de que era casi imposible recuperar el hilo de la historia principal. Mientras peleaba con el hijo de perra archivo (uso las mismas palabras de Josué), acompañé a doña María Cecilia a revisar la biblioteca libro por libro, papel por papel. Para ella era una tarea muy dura. A veces se ponía a llorar y me decía: “Juan José, mejor paguémosle a un bibliotecólogo para que organice todo esto... Hay días en que yo no me siento capaz”. Yo le propuse que donara todos los manuscritos de Josué y de don Benigno Gutiérrez a la biblioteca de la Universidad de Antioquia. Ella aceptó la propuesta. La universidad envió a una bibliotecóloga que revisó todo, empacó con cuidado los documentos más valiosos y se los llevó en un camión. Hoy, después de largos meses de clasificación, hacen parte del Fondo Benigno Gutiérrez de la Colección Patrimonial de la Biblioteca Central de la Universidad de Antioquia, mi universidad.

Entre los arrumes de libros, periódicos y papeles viejos, apareció una pequeña caja de cartón con varios discos de computador de 3.5 pulgadas y un CD. Doña María Cecilia me los entregó. Yo los revisé. ¡Había respaldos viejos de más de la mitad de “Don Maligno”! También había respaldos de otro libro que Josué estaba escribiendo, titulado “Ingeniería folclórica”. Además, había respaldos de varias crónicas que él nos leyó durante las sesiones del taller, entre carcajada y carcajada.

Uno días más tarde, doña María Cecilia tocó a la puerta de mi casa. Cuando bajé a abrirle, al lado de su carro estaba estacionado un pequeño camión de los que la gente contrata para los trasteos.

“Juan José –me dijo–, yo no soy capaz de volver a oír la música que escuchaba Josué cuando se encerraba a escribir en su biblioteca. Y no quiero vender sus discos. Él los quería mucho. Yo quiero regalárselos. Pienso que en sus manos quedan bien”. Yo no sabía qué responderle. Mientras hablábamos, el conductor del camión y su ayudante bajaron un armario de madera y me preguntaron que dónde lo ponían. Les dije que lo dejaran en la sala. Después bajaron varias cajas de cartón amarradas con cabuyas. Cuando me quedé solo, anonadado abrí las cajas una por una. Casi todos los discos eran de música barroca: Bach, Vivaldi, Haendel, Scarlatti, Telemann, Monteverdi... Me llamaron la atención sobre todo los conjuntos barrocos de vientos. Me demoré más de un mes escuchando cada disco. Me gustaron en especial los conciertos y las sonatas para flauta que Josué coleccionó a lo largo de su vida. Me hicieron recordar su historia de la flauta Haynes que le costó un ojo de la cara y que le compró a un músico, con el sueño de ponerse a estudiar y convertirse en un flautista por lo menos medio decente.

A finales de año, doña María Cecilia me llamó por teléfono para contarme que había vendido el apartamento donde vivió con Josué durante los que fueron los últimos años de su vida. También me contó que había vendido la finca que tenían en una parcelación de Popalito, muy cerca de Barbosa, Antioquia, y que debía entregarla ese fin de semana. Por último, me dijo que Josué había sembrado allí un montón de heliconias. Que ella quería darme unos pies para que yo los sembrara en el jardín de mi casa. El sábado por la mañana nos encontramos en Popalito, fui con ella a la finca, le di una vuelta a la bella casa donde Josué era feliz leyendo, oyendo música y sembrando matas durante los fines de semana y las vacaciones de fin de año, y ella mandó cortar las heliconias que a Martha, mi esposa, que es jardinera, le parecieron más bonitas. Cuento esta historia porque ya las sembré en mi jardín, ya florecieron, y cuando me levanto voy a visitarlas, converso con ellas en silencio, les echo agua, les abono las raíces con cáscaras de plátano y de banano, y las acaricio. Cuando las toco, siento en ellas las manos de Josué.

Punto final: los archivos rescatados de “Don Maligno” los grabé en mi computador. Luego, imprimí algunos de los textos. Como sabía de memoria muchas de las historias, no era capaz de distinguir las distintas versiones, ni siquiera con la ayuda de las fechas de los archivos porque estos se habían juntado. Tuve que entregarle el libro

a Mónica, una de las editoras del Fondo Editorial de la Universidad EAFIT, donde iba a publicarse la obra. La editora hizo lo que pudo, hasta que renunció a su trabajo, después de una larga licencia. Su retiro me obligó a retomar la edición de “Don Maligno”. Y sucedió una nueva desgracia: virus troyanos ocultos en los archivos del computador de Josué quemaron el disco duro del mío. Perdí no solo las historias de mi amigo, sino capítulos enteros de un libro que estaba escribiendo y de los cuales no tenía respaldos actualizados. Llevé el computador a varios talleres. En el último analizaron el disco duro durante una semana con todos los programas antivirus que ellos manejaban. Al final, el disco se autoformateó. ¡Colorín, colorado! ¡Esta historia se ha acabado! Tuve que comprar otro computador. Sin embargo, como soy un hombre casi tan terco como el autor de “Don Maligno”, con los viejos discos de 3.5 pulgadas reconstruí lo que pude de la historia por tercera o cuarta vez. Y Dios existe: unos meses antes de morir, Miguel Escobar Calle, uno de los antiguos directores de las colecciones patrimoniales de la Biblioteca Pública Piloto, me regaló una fotocopia de los originales de “Ingeniería folclórica”, que Josué le había llevado a la biblioteca con la intención de que los leyera y le ayudara a corregirlos.

Con esas fotocopias y los discos que encontró doña María Cecilia en la biblioteca de Josué, logré reconstruir el libro que ahora ustedes tienen en sus manos. De “Don Maligno” ya no quiero saber más. No porque no me haya divertido leyendo y reconstruyendo estas historias, sino porque “Don Maligno” parece que tuviera lo que los chamanes embera llaman *jais*: computador que toca, computador que acaba. El mío lo acabó. Pero yo sigo vivo. Ya recuperé los capítulos de mi libro que pasaron a mejor vida con los virus troyanos que Josué me dejó de herencia. Y me siento feliz de haber podido acompañar de este modo extraño a mi amigo en la realización de su último sueño.

¡Adiós, “Don Maligno”! *Ciao! Arrivederci! Good bye!...* ¡Bienvenido a la vida de los libros! ¡Que la tuya sea larga y feliz! Pero, como decía Josué, derrotado: ¡No te quiero volver a ver ni en película!

Juan José Hoyos



Don Josué Gutiérrez
Fuente: Archivo familiar

